

AP 60

B3

v. 3 - 4

1889

ES PROPIEDAD.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

(Número de la Revista correspondiente
á 21 de Diciembre de 1843.) (1)

ESPARTERO.

ARTÍCULO 1.º

Cayó Espartero; y con su caída, entramos en una nueva fase de la revolución, fase que por desgracia no ha terminado aún. Inciertos y perdidos en la confusión que nos envuelve desde la muerte de Fernando, consolámonos los españoles con maldecir el banco de arena, ó el puntiagudo escollo, cuya proximidad puso en inminente riesgo á la combatida nave; olvidando los nuevos peligros que vamos á correr, sólo fijamos la vista en el que acabámos de evitar.

Las proscripciones y emigraciones se suceden con espantosa rapidez; pocos recuerdan el día de ayer, para conjeturar sobre el día de mañana; parece que una venda fatal tiene cubiertos los ojos de los que figuran en la escena política, para que no vean la cadena que los arrastra á la sima donde sus antecesores se hundieron. Espartero, que había empujado á Don Carlos hasta la frontera de Francia,

(1) La interrupción que aquí se nota fué motivada por las circunstancias políticas en que se encontró Barcelona durante aquel período.

009340

y acompañado á la Reina Madre al embarcadero de Valencia, no pensaba que estuviese tan cerca su precipitada fuga hacia el navío *Malabar*.

Al empuñar las riendas del gobierno, todavía le era posible á Espartero hacer olvidar los medios de que echara mano para encumbrarse; que las naciones como los individuos, inclínanse fácilmente á disimular lo reprehensible en obsequio de lo beneficioso. O no comprendió su posición, ó quizás se aventuró á comprometerla con la esperanza de elevarla. Cuando alejándose de las playas españolas estaba apenas recobrado del temor que le infundieran los jinetes de Concha y veía centelleando en la orilla las vencedoras espadas, sin duda que debió de recordar tristemente su desatentada conducta, y dar una mirada de indignación á los miserables consejeros, que por espacio de cinco años habían turbado la nación, urdiendo las pérfidas intrigas que al fin habían de llegar á desenlace tan desastroso y humillante. No insultamos al infortunio; sólo indicamos su origen; cuando los culpables están sometidos á solemne expiación, los miramos bajo la mano de la justicia divina; allí cesa la acción del hombre. Pero la historia y la filosofía tienen sus derechos; aquélla narra los sucesos, ésta los examina.

Espartero carece de grandor personal; pero su nombre está vinculado con grandes acontecimientos; por cuyo motivo ocupará un lugar en la historia. Esto es para él una desgracia. La gloria no es sinónimo de fama. Quien ha figurado en los sucesos y mostrándose indigno de su posición, no aparece en los cuadros históricos sino como expuesto á la censura pública.

CALIDADES PERSONALES DE ESPARTERO.

Se ha echado en cara á Espartero su nacimiento humilde; á los ojos de la razón, esto no significa nada. Al contrario, si el ex-regente hubiese manifestado con sus obras, que la fortuna no le había elevado sin merecerlo, la misma obs-

curidad de la cuna fuera un bello timbre de su gloria. ¿De qué le sirve al imbécil el lustre de su alcuernia? ¿Para qué necesita un grande hombre los títulos de sus mayores? La nobleza que no está sostenida por las cualidades personales del que la posee es un nombre vano; los méritos de nuestros antepasados no son nuestros; y sólo se nos aplicarán, si los imitamos. El hombre de humilde cuna que se eleva á encumbrados puestos por solas sus prendas, será tanto más digno de loa, cuanto no ha tenido en su apoyo, ni el favor que dispensa el mundo á los vástagos de ilustre propapia, ni los medios de instrucción y educación que proporcionan las grandes riquezas; en tal caso, la humildad del nacimiento más bien debiera ser excusa de algunas faltas que cargo para agravarlas.

La vida privada de Espartero ha sido atacada también, señalándose el medio poco decoroso con que había mejorado su fortuna. No sabiendo hasta qué punto sea esto verdad nos abstendremos de comentarios; mayormente cuando la historia y la experiencia nos enseñan que los que medran en el torbellino de las revoluciones y en el estrépito de los combates, no siempre se distinguen por una conducta muy ajustada. Como los hombres públicos son juzgados por lo que hacen en público, si Espartero hubiese merecido bien de la patria, poco se cuidaran la generación presente ni las venideras de su afición al juego. Desgraciadamente, tanto los contemporáneos como la posteridad suelen ser indulgentes en demasía con los que llevan á cabo empresas grandes, por más que sean injustas y desastrosas. ¿No vemos otorgado el título de héroes á los devastadores de la tierra? Pocos recuerdan la severa pero exacta sentencia de san Agustín: «faltando la justicia, ¿qué son los reinos sino grandes latrocinios?» Mucho menos se repara en los vicios particulares; no embargante que estos vicios son á menudo el origen de faltas de gobierno y de calamidades públicas. Pero el hombre resiste con dificultad al prestigio de lo grande y esplendoroso; la misma tempestad que tala los campos y pone en peligro

las vidas, es contada con pavoroso entusiasmo por las víctimas de su furor. Olvidanse por un momento las desgracias y riesgos pasados, con el recuerdo de la negrura de las nubes, de la aterradora calma que precedió la tormenta, del deslumbrante resplandor de los relámpagos, del vivo estallido de los truenos, de su estrepitoso y prolongado retumbar.

¿Era valiente? no le negaremos esta calidad; pero tampoco nos resolvemos á otorgársela sin hacer alguna distinción. Si de su valor hubiésemos de juzgar por su conducta en la noche del 7 de Octubre, y durante los dos meses del pronunciamiento que le ha derribado, menester es confesar que el fallo no le sería favorable. A decir verdad, hacemos poco caso de las *cargas á la cabeza de la escolta*, y de uno que otro acto de arrojo; lo principal de los sucesos lo sabíamos por conducto del mismo interesado. ¿Qué pensaremos de los *partes* después de haber visto los *manifiestos*?

Nada decidimos sobre el particular; á los jefes que le vieron de cerca cuando subalterno, y á los subalternos que pudieron observarlo cuando jefe, toca el apreciar su valor; actos aislados, y en circunstancias muy críticas, no revelan la existencia de una calidad. La piedra más común arroja tal vez alguna chispa, si se la hiere con viveza. Los muros de Valencia y Sevilla le presentaron hermosa ocasión para mostrar su arrojo; y cuando Narvaez marchando sobre Madrid, y Concha persiguiéndole hasta la orilla del mar, no despertaron en su alma el antiguo valor, licito es sospechar, que no debió de ser tanto como se nos quiso dar á entender en pomposas relaciones.

Quizás no sería aventurado decir, que Espartero tenía el valor de un soldado, que no le faltaba el suficiente arrojo para echarse sobre la boca de un cañón, y que sin embargo carecía del valor propio de general, y mucho más de quien se halla al frente de una nación de catorce millones. Estos dos valores nada tienen de semejante; el primero está en la sangre, en el corazón; el segundo es inseparable del sentimiento de la propia capacidad, de la ojeada vasta y

penetrante que comprende la situación, que ve los medios más á propósito para dominarla. Al soldado intrépido que marcha sin alterarse á una muerte segura, elevadlo de repente á un puesto importante: dudará, vacilará, consultará; poco antes no conocía el miedo, pero ahora lo sentirá por primera vez, para sí y para sus subordinados.

El hombre cuya capacidad es inferior á su posición, no sabe qué hacerse en ella; y por lo mismo es indeciso, irresoluto, tímido. Si es general en jefe, maniobrará de suerte que no pueda comprometerse á trances peligrosos, mientras á esto no le obligue la indeclinable fuerza de circunstancias imperiosas; si se halla al frente del poder, tomará por pensamientos de gobierno los recursos de la intriga. La luz del día le será aborrecible; necesitará ocultar su miseria en la obscuridad; dejará que las cosas vayan siguiendo su curso; y no sintiéndose con fuerzas propias, lo esperará todo de los favores de la fortuna. En ofreciéndose una crisis complicada no acertará á obrar en ningún sentido, se quedará como atontado: parecerá cobarde, y más bien será indeciso.

La escasez de talentos de Espartero no ofrece la duda que su valor; es negocio que ha pasado, por decirlo así, á estado de cosa juzgada. A pesar de su elevación, no se ha remontado nunca la fama de su capacidad; cuando general la manifestó limitada; pero la nulidad del regente ha dejado muy atrás la cortedad del caudillo. Tanta era la evidencia del hecho, que lo han reconocido sus mismos partidarios: y si bien es probable que durante la prosperidad se alegrarian de esta circunstancia que les facilitaba el hacer servir de instrumento y juguete al mismo á quien afectaban acatar, no lo es menos que en los momentos de apuro se llenarian de despecho al ver que tan lastimosamente representaba su papel el malaventurado protagonista.

Cuantos han hablado con Espartero, confiesan que no han visto en él sino un hombre muy común; y esto debe de ser verdad, supuesto que no pudo deslumbrar á los ob-

servadores, ni el prestigio de la elevación, ni el grandor de los recuerdos. Es cierto que para juzgar á un personaje no siempre es suficiente una entrevista; pero si no basta para calificar con exactitud, al menos hace vislumbrar. Sobre todo en momentos críticos, en circunstancias solemnes, el talento brilla, ó cuando menos chispea.

En este suelo clásico de generosidad y desprendimiento, las calidades del corazón pueden suplir en buena parte los defectos de la cabeza; desgraciadamente la pequeñez de alcances de Espartero, tenía un digno compañero en la estrechez y dureza de su corazón. *De bronce* nos dijo que lo tenía, en uno de sus últimos manifiestos; y de bronce lo ha mostrado, no para arrostrar el peligro, sino para causar friamente el daño. La palabra *perdón* no la acertaron á pronunciar sus labios. ¿Qué sentimientos se abrigan en el pecho de quien fusila á su gallardo compañero de armas, y después de ocho días de la insurrección, cuando los arranques de cólera debían estar ya sufocados por la conmiseración, avivada con los recuerdos de la amistad y de los servicios? Ligera, ligera por cierto ha sido la expiación de quien pudo hacerse sordo á las súplicas de todo Madrid, á la mediación de los mismos adversarios del infortunado general, que heridos y desde el lecho de muerte imploraban clemencia!

Los bombardeos de Barcelona y Sevilla han venido á manifestar, que quien tan inhumanamente sacrificaba á los individuos, sabía con no menos crueldad destruir los pueblos en masa.

ESPARTERO GENERAL.

Espartero escaló la regencia sin méritos para obtenerla, ni capacidad para desempeñarla; y así no es de extrañar que adelantase en su carrera con más rapidez de lo que era justo. Si carecía de talentos, poseía el arte de intrigar, la calma necesaria para esperar el curso de los acontecimientos, y el secreto de explotar en su favor los mereci-

mientos ajenos. Hasta que llegó al mando en jefe del ejército no sabemos que manifestase en ninguna ocasión las prendas de un gran general. Si unas veces fué afortunado, otras experimentó dolorosos reveses. Se le dispensaron con frecuencia lisonjeros elogios, mas en esto corrió parejas con los demás jefes, á quienes así el general como el gobierno no escaseaban las recomendaciones y los premios. Tal era la situación de los negocios públicos, tanto era el tiento que convenía emplear con la mira de que el enemigo no pasase de la igualdad á la preponderancia, que ambos partidos beligerantes aprovechaban con afán todo cuanto podía servirles, y se afanaban en crear reputaciones, por más que no debieran durar sino muy escaso tiempo. De estas han quedado en pie las adquiridas con justicia, indemnizándolas la opinión pública de los desdenes de la ingratitud y de los sufrimientos del infortunio; pero ¡cuántas y cuántas otras se han hundido en el polvo para no levantarse jamás!

Una de las principales operaciones que se encomendaron á Espartero antes de obtener el mando en jefe, fué la persecución de Gómez; pero Gómez atravesó el reino de Asturias, penetró en Galicia, ocupó poblaciones importantes, revolvió sobre Castilla, y cuando acabábamos de leer pomposos partes en que se suponía que la división expedicionaria había sufrido fuertes descalabros, la vimos internarse hasta el corazón de España, destruir completamente la columna de López en Jadraque, marchar en dirección de Valencia, y con aliento bastante para pasearse por Andalucía y Extremadura, a pesar del desastre de Villarrobledo. El general Espartero había á la sazón caído enfermo, y entregado el mando á Alaix; pero los resultados de la campaña indicaban que no fué muy bien principiada. Ignoramos si la enfermedad sería muy grave; pero lo cierto es que vino muy á tiempo. Con ella logró Espartero dos objetos: precaver los peligros de mala fortuna que afligió á otros generales durante las correrías de la expedición carlista, y hallarse á las inmediaciones del cuartel gene-

ral para ocupar el mando que dejaba vacante el malogrado Córdoba.

A poco de ascendido á general en jefe fuéle propicia la fortuna en el levantamiento del sitio de Bilbao; pero es de notar que habiendo comenzado el fuego á las cuatro de la tarde, no se presentó Espartero en el campo de batalla hasta cerca la una de la madrugada; pues que se hallaba imposibilitado de hacerlo á causa de alguna indisposición. No se halló pues en la refriega en los momentos de más porfiado combate, cuando convenía desplegar el plan de operaciones, y quebrantar el brío de las fuerzas sitiadoras. Ofreció la batalla de Luchana una de aquellas escenas de valor y constancia que caracterizan al soldado español; españoles peleaban de una y otra parte, y fué necesario todo el furor de los elementos para que el sol no los encontrase todavía en encarnizada lucha. ¿Hasta qué punto influyeron en la victoria el valor y la habilidad del general de la Reina? Lo ignoramos: sólo si diremos, que aquellos laureles fueron horriblemente costosos, que la sangre corrió con espantosa abundancia, que al día siguiente el general vencedor sentía amargado el triunfo por la pérdida de tantos valientes y derramaba lágrimas sobre su tumba, y que la nación conmovida y angustiada, celebró solemnes exequias por los que habian perecido en la sangrienta batalla. Tanta efusión de sangre indica bastante claro que la victoria se debió más bien al tenaz arrojo del soldado que á la pericia del caudillo. El título de *Conde de Luchana* fuera sin duda más glorioso, si recordase hábiles combinaciones y maniobras, que hubiesen ahorrado llanto y luto á millares de familias.

No puede negarse que en aquella memorable batalla se llevaron á cabo operaciones muy osadas; pero leyendo con atención el parte dado por el mismo Espartero, encontramos que la gloria que resulta de las principales maniobras, no corresponde al general en jefe. Oráa, el barón de Meer y otros, habian merecido tanto y más que él, ser agraciados con el título de Conde de Luchana. Al comenzar las

difíciles y arriesgadas operaciones para el paso del río y restablecimiento del puente, no las dirigía Espartero sino Oráa (1). Es preciso no perder de vista tan notable circunstancia para no privar de su gloria al respetable general, á quien en los últimos tiempos le hemos visto ale-

(1) «Los reconocimientos que había practicado varias veces á costa de acciones formales sobre las líneas enemigas á la derecha é izquierda del Nervión, formando puentes para los diferentes pasos del ejército, me convencieron de que el restablecimiento del de Luchana era el único, aunque arriesgado, medio de salvar á la heroica Bilbao y á su bizarra guarnición. Para ello acampé últimamente en la llanura de Alzaga y en los montes de Aspe y Arriaga á la derecha del expresado río, empleando algunos días y venciendo infinitas dificultades para conducir la artillería y establecer las baterías inglesas y españolas que habian de proteger tan atrevida operación.

»El señalado 24 dispuse que la brigada del coronel D. Baudilio Mayol que se hallaba acantonada en Sestao pasase la ría de Galindo por un puente de pontones, que estableció con admirable prontitud frente del Desierto la Marina Real inglesa, auxiliando también a esta fuerza con media batería de lomo servida por individuos de la misma nación. La orden que tuvo, fué de situarse en la altura que da frente á la desembocadura de la ría de Azua, y de colocar tiradores en la torre arruinada de Luchana y en las casas que están cerca de la ría de Burceña. El objeto era llamar la atención del enemigo por la izquierda del Nervión para que disminuyese las fuerzas que tenía sobre las líneas de mi proyectado ataque, y para que al mismo tiempo protegiese el paso de la expedición que había dispuesto á fin de echar el puente de Luchana. Difícil y temeraria empresa, á la vista del enemigo que se hallaba fortificado á la parte opuesta de la cortadura de un arco del puente de más de 40 pies de diámetro, posesionado de varias casas inmediatas á él, y colocado en zanjás y parapetos diestramente establecidos, con la protección de una batería á 50 pasos sobre el camino, y de otra en la falda del monte de Cabras. Pero yo contaba con soldados intrépidos que ardían en deseo de sacrificarse por salvar á sus compañeros de armas, y no dudé el acometerla fando su dirección al general D. Marcelino Oráa, jefe de la plana mayor general de este ejército, por hallarme yo enfermo.» (*Gaceta de Madrid* el 23 de Enero de 1837.)

jado del suelo patrio, destinándole á un mando que no parecía muy á propósito para su quebrantada salud y edad muy avanzada.

Formidable era el trance en que las ocho compañías de cazadores se embarcaron en lanchas para saltar en la orilla enemiga; fueron necesarios actos del mayor arrojo, y á la vista de un adversario á quien por cierto no faltaban la inteligencia y el valor; mas no era tampoco Espartero, ni quien ejecutaba ni quien dirigía (1).

(1) «Ocho compañías de cazadores fueron destinadas para la atrevida empresa: la 1.^a y 2.^a del primer regimiento de la Guardia Real; la 1.^a y 2.^a del de Soria; la 1.^a y 2.^a del de Borbón; estas seis de la segunda división: la del tercer batallón de Zaragoza, y la del segundo del 4.^o ligero. También fué destinado al embarque el teniente de artillería D. Manuel Alvarez Maldonado con algunos artilleros para servir las piezas que se contaba tomar al enemigo como así lo verificó. Esta valiente columna de cazadores al mando del comandante del regimiento infantería de Soria D. Sebastián Ulibarrena, y del de Zaragoza D. Francisco Jurado, muertos gloriosamente, debía á las cuatro de la tarde embarcarse en lanchas para saltar en la orilla enemiga, apoderarse de sus obras y proteger la rehabilitación del puente. En el momento de la ejecución se pronunció de una manera espantosa el temporal que ya reinaba. La nieve y el granizo, acompañado del huracán, bastaban para intimidar al espíritu más fuerte. Nuestros cazadores, superiores á todo, dieron las primeras muestras de su ardimiento con frecuentes vivas y aclamaciones precursoras de la victoria. Majestuoso fué el acto de zarpar las lanchas guiadas y escoltadas por las trincaduras de la marina nacional al mando del brigadier D. Manuel de Cañas, y de su segundo el brigadier D. José Morales. En el mismo instante redoblaron el fuego todas nuestras baterías, y los tiradores de la derecha é izquierda del Nervión. En breve se situaron las trincaduras en disposición de proteger con sus fuegos el desembarco de nuestros valientes, que arrostrando el de fusilería, y despreciando el de cañón, sallaron animosamente en tierra vitoreando entusiasmados á la Reina y á la libertad.

«Aterrado el enemigo con tanto arrojo, y sorprendido con tan inesperado ataque, fué de cortos momentos su resistencia,

Desembarcados los cazadores en la orilla opuesta, y dueños de las posiciones enemigas, se rehabilitó el puente, pasaron al otro lado las tropas de la Reina, con orden de apoderarse del monte de San Pablo; quien las conducía á la sazón era el barón de Meer (1).

Encarnizóse entonces la refriega; la sangre corría á torrentes en ambas filas; pero las tropas de la Reina se hallaron en tan grave conflicto que sólo pudieron salvarse con la decisión y pericia de los que las mandaban. En el prolongado y sangriento choque recibió el barón de Meer una herida que le forzó á retirarse del campo (2).

dando lugar con su fuga á que los bizarros cazadores se posesionasen de las fortificaciones del puente, de los parapetos de las casas inmediatas y de las baterías del camino y monte de Cabras. Dignos del mayor elogio son, Excmo. Sr., todos los que realizaron el atrevido asalto, pero lo merece particularmente el capitán de fragata D. Francisco Armero, quien á pesar de hallarse herido, fué el primero que puso el pie sobre la batería enemiga, apoderándose de una de sus piezas.» (Id.)

(1) «Agravado por mis males en aquella tarde continué dirigiendo las operaciones el general Orúa. Los materiales para el puente estaban prevenidos. Nuestros activos ingenieros lo formaron prontamente y con solidez. Los marineros ingleses, dirigidos por su digno comandante D. Guillermo Lapidge, formaron otro de pontones con admirable celeridad, en tanto que el primer batallón de Soria marchaba embarcado en refuerzo de los cazadores. Las mismas lanchas que los habían conducido tuvieron que volver para llevar este batallón. Y el general barón de Meer, comandante general de la bizarra 2.^a división, pudo, á beneficio de aquellos habilitados pasos, trasladarla al otro lado de la ría con orden de apoderarse del monte de San Pablo.» (Id.)

(2) «Los enemigos, habiendo vuelto de su sorpresa, y reforzados considerablemente, descendieron de la eminente cordillera de Banderas, tomando posición en los parapetos y otros puntos, dominando la altura que habían ganado nuestras tropas. La batalla se empeñó entonces con encarnizamiento. Una batería enemiga, colocada sobre el flanco derecho á retaguardia de las fuerzas rebeldes, causaba estragos en las nuestras. A pecho descubierto recibían nuestros valientes el hierro y el plomo. Las cargas á la bayoneta fueron repetidas de una y otra

Las maniobras continuaban, el fuego y la furia de los elementos diezaban horriblemente el ejército; eran más de las doce de la noche; y el general en jefe no se había presentado todavía. Estamos seguros que se lo impedían sus males agravados en aquella tarde; pero sea como fuere, la historia no debe olvidar que habiendo durado once horas la acción, no se encontró Espartero en el campo sino por espacio de tres y media; y que por fin al darse las cargas á la bayoneta que decidieron la victoria, si Espartero conducía una columna, marchaba al frente de la otra el general Oráa (1).

parte; pero ni los enemigos pudieron ser desalojados, ni la valiente 2.^a división pudo ser lanzada del cerro, cuya defensa fué encomendada á su heroico esfuerzo. Centenares de heridos llenaban los hospitales de sangre: el campo estaba sembrado de cadáveres, y en el sangriento, en el prolongado choque, había sido ya herido el general barón de Meer, y posteriormente contuso el brigadier D. Froilán Méndez Vigo, que había quedado mandando la división.» (Id.)

(1) «Sin embargo del estado en que me hallaba, temiendo que un revés malograra las ventajas obtenidas por la tarde, di orden al general D. Rafael Ceballos Escalera para que hiciese marchar rápidamente al punto del combate la 1.^a brigada de su división, y que siguiese él al mismo con la otra; mandando también un ayudante de campo á reunir lanchas, pasarlas al desierto y seguir en busca de la brigada Mayol, con orden de que dejando sólo un batallón en las posiciones, pasase con los otros dos al lugar del combate, atravesando la ría de Galindo por el puente de pontones, y la de Bilbao en las lanchas, pues el temporal había deshecho el gran puente de quechemarines. Pero no pudiendo resistir al deseo de imponerme personalmente del estado de la batalla, é impaciente por las horas de continuado fuego, monté á caballo entre doce y una de la noche, y me presenté en la altura de San Pablo en ocasión en que fué conveniente y necesaria mi presencia. Defendía la posición el coronel D. Antonio Valderrama, comandante de la Guardia Real de infantería, con un valor admirable, después de las sensibles bajas que había sufrido la brillante 2.^a división que entonces estaba á su cargo. El fuego continuó algún tiempo produciendo los mismos estragos, porque la mucha nieve ha-

Extenuado el ejército con aquella costosa victoria permaneció inactivo en Bilbao por espacio de tres meses; hasta que se movió hacia el centro de las provincias para la famosa combinación de los tres cuerpos que atacando á un tiempo por tres puntos diferentes, debía preparar un golpe decisivo. No fuera justo acusar á Espartero del mal éxito de un plan, que si bien podía ser realizable tratándose de atacar un simple ejército, era en extremo descabellado teniendo que habérselas con uno que estaba apoyado por el país. Pero desde luego salta á los ojos que el general en jefe no debía emprender semejante operación; y que por más vivas que fuesen las instancias con que le apremiase el gobierno para emprender un ataque decisivo, era de su obligación resistirse á cometer tamaña imprudencia, presentando si hubiese sido necesario la renuncia de su puesto, antes que empeñarse en una combinación que fué muy desastrosa para el ejército invasor, y que to-

cia percibir los objetos; mas habiendo llegado la brigada del valiente coronel Minuir, en virtud de la orden que di el general Escalera, determiné atacar decididamente al enemigo para ganar la cordillera de Banderas, y apoderarme de los parapetos y de su batería. Merecedor es dicho coronel de la gratitud de la patria por la serenidad con que se condujo formando los cuerpos después del paso de un terrible desfiladero. El soldado al escuchar mi voz, cobró nuevo aliento; sus aclamaciones fueron el augur del más completo triunfo, y puesto á la cabeza de la primera columna, verificándolo á la de otra el general Oráa, se dió la más brillante carga á la bayoneta, siguiendo las aclamaciones de entusiasmo acompañadas del paso de ataque, arrollando al enemigo hasta la culminante altura, y lanzándolo en desorden por el descenso de la parte opuesta, en dirección de los pueblos de Azua, Herandio y Derio, quedando en nuestro poder la batería que tenían en la cúspide. Desde entonces todo cedió al esfuerzo de estas bizarras tropas que instantáneamente se hicieron dueñas del punto fortificado de Banderas. Once horas duró tan sangrienta lucha, la mayor parte de ellas de noche, con un frío insoportable, y sin que la nieve cesase de caer en tal abundancia, que sepultó muchos de los cadáveres, así nuestros como enemigos.» (Id.)